

## Don Nicolás Bravo

(TERCERA EPOCA)

Por última vez empuñó el general Bravo las riendas del gobierno el 28 de Julio de 1846, sustituyendo al general Paredes, al conceder el Congreso la licencia para que se pusiera al frente del ejército. En los momentos de ser llamado á la capital, se ocupaba en dar á Veracruz todos los medios de defensa contra los norteamericanos lo que por lo menos, pudiera contrarrestar en parte el plan de los Estados Unidos, de rodear con tropas el territorio mejicano, posesionándose de él por el Norte y por el Oriente.

Sólo cuatro días habían pasado desde aquel en que el general Bravo, tomó á su cargo la difícil misión de gobernar, cuando adherida Ulúa y Veracruz, al plan de Jalisco, proclamaba su triunfo y vitoreaba de nuevo á Santa Anna, considerando al caudillo de Tampico como el único capaz de oponerse á la marcha triunfal de los americanos.

Pronunciado el general Salas, en la Ciudadela, hizo saber al general Bravo, debía abandonar el puesto que ocupaba, y aun cuando en la respuesta se negó á secundar al general Salas, no fué sino para ganar tiempo y celebrar un convenio por el cual las tropas que tenía el gobierno en palacio, capitulaban fraternizando con las del general Salas.

CAPITULO ALFONSO

Bravo, fué nombrado más tarde comandante general del departamento de Puebla, y después de las célebres derrotas de Molino del Rey, y de Casa Mata, le fué encomendada á Bravo, la defensa de Chapultepec, en la cual ganó nuevos laureles, pero bombardeado el fuerte por los americanos, y dueños de él, fué hecho prisionero.

Muy poco favoreció al heroico guerrero del Palmar, el parte suscrito por Santa Anna, mientras que el general Bravo acusaba como traidor al héroe de Tampico, por no haberle prestado auxilio á tiempo.

En esa época concluye la vida militar y política del general Bravo, y retirado en Chilpanzingo, vivió hasta fin de Abril de 1854, falleciendo pocas horas después que había muerto su esposa.

La patria, perdió uno de sus hombres más insignes que en las auroras de su Independencia, había tenido envidiable y hermosa celebridad, oscurecida tal vez más tarde, por las rencillas y las debilidades que con frecuencia anulan á los hombres políticos.



*Mariano Salas*

GENERAL DON MARIANO SALAS  
CAUDILLO DE LA REVOLUCIÓN Y PRESIDENTE. — Año 1846

## Don Mariano Salas

(PRIMERA EPOCA)

El triunfo de la revolución acaudillada por Salas en México, fué precursor de la llegada del general Santa Anna y de que volviera á adueñarse del mando sin haberse derramado una gota de sangre.

Al subir al poder el general Salas y al quedar investido con el alto cargo de presidente de la República, puso en libertad á los presos políticos, nombrando á la vez una comisión para que estudiase y redactase un proyecto constitucional.

El general Salas vió la primera luz en la ciudad de México en 1797, y sentó plaza de cadete en Noviembre de 1813, como muchos de los militares de aquella época, fué partidario del plan de Iguala, y en el Puente Nacional hizo proclamar la Independencia. Iturbide premió su patriotismo con el grado de capitán. En 1823 defendió al gobierno de México cuando se proclamó el plan de Montañó, después pasó á San Luis Potosí y defendió al gobierno de Bustamante á las órdenes del general Armijo, tomando parte en toda la campaña con los jalapistas, alcanzando en ella el grado de teniente coronel. En el gobierno de Pedraza, estuvo á su favor y acompañó al general Cortaza á San Luis y Guadalajara; tuvo mando y se batió en la batalla de Tejas, en el asalto del fuerte del Alamo, y en el ejército de la reserva en la acción del Llano Perdido.

Fué segundo jefe de la brigada de operaciones contra los federalistas de San Luis Potosí, batiendo á Mejía, en la hacienda de San Miguel la Blanca, y si bien tuvo el ascenso de general de brigada, lo debió á las heridas recibidas en aquella acción.

En 1844 entre todos los que abandonaron á Santa Anna, se distinguió el general Salas, por su fidelidad para el dictador, y por su resistencia fué desterrado. En 1846 asumió la presidencia de la República, pero interinamente, pues el general Santa Anna, había llegado á Veracruz, dispuesto á restablecer el sistema federal.

El general Salas, dió cuenta á Santa Anna, de sus trabajos administrativos, y por un decreto, se promulgó de nuevo la Constitución de 1824. Dictó varias providencias útiles y reformadoras, y al formar su ministerio, lo hizo llamando á hombres que eran todos adictos á Santa Anna.

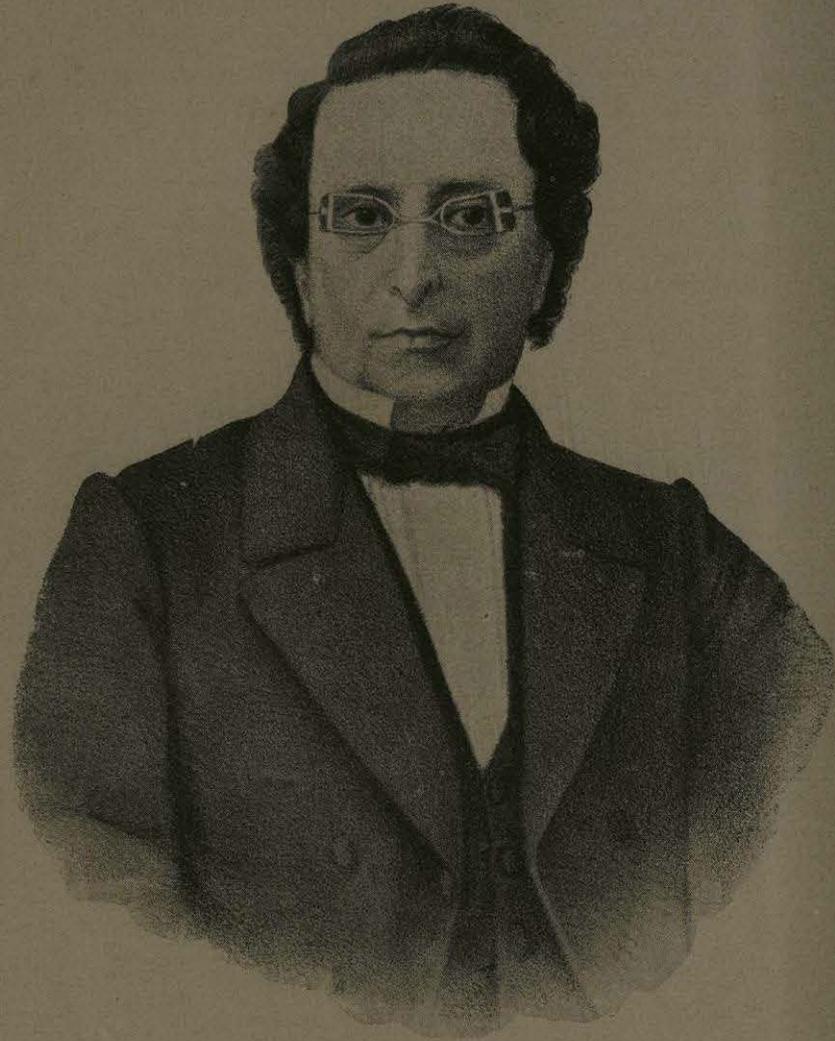
Los Estados Unidos habían hecho proposiciones de paz, siempre bajo la base de la anexión de Tejas. El presidente Salas, aplazó la contestación hasta que estuvieran abiertas las Cámaras, por lo cual no se podía abrigar esperanzas de convenio. Salas hizo una llamada general á todos los mejicanos de dieciséis á cincuenta años, reclamando de cada Estado treinta mil soldados. Se hicieron acopios de pertrechos; se fundió artillería y como tanto escaseaban los recursos, dificultad la más grande para Santa Anna, éste tomó el mando del ejército y dejó la pesada carga del gobierno sobre el general Salas.

El ministro de Hacienda, Gómez Farias, impotente para obtener el dinero necesario, hizo dimisión, pero se formó un Consejo que en tales circunstancias prestase sus luces al gobierno, y Gómez Farias, fué el presidente de aquél.

Los hombres acaudalados se resolvieron al fin á dar un millón de pesos empleados para las tropas que salían de México, teniendo ya el amago de los norteamericanos, que intentaban apoderarse de Monte Rey.

Se hicieron rogativas; se oficiaron misas en Guadalupe con asistencia de Santa Anna, en la víspera de salir para tomar el mando de las tropas.

El 24 de Septiembre de 1846, capituló Monte Rey, y el general Taylor, concedió que las tropas mejicanas salieran con



*J. M. Lafragua*

JOSÉ M.<sup>a</sup> LAFRAGUA

MINISTRO DE RELACIONES, DE OCTUBRE Á DICIEMBRE DE 1846

sus armas. El ejército recibió la orden de replegarse hacia San Luis, reconstituyendo otro ejército á las órdenes de Santa Anna. La misión más difícil era la que desempeñaba el presidente interino, y fué preciso su patriotismo y su celo, para sostenerla sobre todo por la pobreza del erario, recurriendo á las rentas de propietarios de fincas urbanas, incluyendo en esta determinación á los conventos y cofradías, adjudicando la contribución por entero á los gastos de la guerra.

Hizo Salas cuantos esfuerzos podían hacerse en tan críticas circunstancias; nombró una Junta para que ella recogiera los donativos é inscribiéndose él mismo como simple soldado en un batallón de la guardia nacional; aun se ocupó en hacer reformas en Hacienda y llamó á las empresas para que la capital tuviese luz de gas hidrógeno: quiso que las monjas se ocuparan en coser camisas y hacer hilas para los soldados, y sin desmayar llevó adelante la organización de la guardia nacional.

El ministro Lafragua quiso por entonces crear academias de historia y de idiomas, mejoras intercaladas entre el cúmulo de los gastos de guerra y la agitación por el bloqueo de Veracruz. Aun en tan supremos instantes fraguaban los revolucionarios, deponer al general Salas, cuando tantos servicios y con tal abnegación se consagraba al país. Cada día el tesoro estaba más exhausto y arreciaban los inconvenientes para subvenir á las necesidades públicas, viéndose el general Salas sin medios por lo que tuvo que apelar á un decreto para obtener dos millones de pesos tomados sobre los bienes del clero.

El 5 de Diciembre de 1846 se abrieron las Cámaras, y el discurso del presidente Salas, versó sobre la situación de la guerra alentando grandes esperanzas porque Santa Anna, había reunido en San Luis Potosí, veintidós mil soldados; que era preciso más que nunca unirse en contra de los norteamericanos y también para someter á las tribus de la frontera de Yucatán.

El Congreso discutió y aprobó legalizar al presidente, para que fueran más sólidas las determinaciones, siendo electo Santa Anna, y Gómez Farias como vicepresidente.

Alejado el general Salas, de la política, fué nombrado jefe

de la plana mayor, y después segundo jefe del ejército del Norte. En el trascendental combate del 20 de Agosto, cayó prisionero y después del tratado de paz se le nombró comandante general de Querétaro. En 1853 firmó el acta que llamaba á Santa Anna, á la suprema magistratura como dictador.

En 1858, adoptó el plan de Robles Pezuela y tuvo el mando por algunas horas, cuando la aclamación de Miramón, como presidente, y más tarde ocupó el puesto de comandante general del departamento de México, y ensalzó á Santa Anna con los dictados más gloriosos, precisamente en momentos en que la tiranía del dictador atacaba á todo lo más sagrado, ponía en vigencia la ley de conspiradores y confiscaba sus bienes.

Cayó Salas al derrumbarse el poder de Santa Anna, quedando aislado en el terreno político.

Por los años de 1858 se pronunció en favor de Robles Pezuela contra Zuluaga á la sazón presidente, y al ser reconocido Miramón en 1859, tomó Salas el mando hasta la llegada de aquel caudillo. Derrotado el principio reaccionario por la perseverancia de Juárez, el general Salas salió desterrado de la República. Trabajó en favor de la intervención, y al abandonar la capital, el gobierno nacional se encargó del mando interino, y después formó parte del gobierno llamado la Regencia con Almonte y Ormachea, y con el primero participó de los favores de Maximiliano, y tuvo cargos públicos en la época del Imperio.

## Don Valentín Gomez Farias

(SEGUNDA EPOCA)

El noble patriotismo de Gómez Farias, le prestaba energía para la guerra, y habíase unido á los que proclamaban á Santa Anna, creyendo que él pudiera contrarrestar el avance norteamericano.

El 24 de Diciembre de 1846, electo Santa Anna para la presidencia, Gómez Farias prestó juramento como vicepresidente, presentando al Congreso el 7 de Enero de 1847, la proposición para que se le autorizara á buscar quince millones de pesos, para llevar adelante la guerra con los Estados Unidos del Norte, pudiendo hipotecar ó vender en pública subasta los bienes de manos muertas. Se hacían excepciones de los que pertenecieran á hospitales, casas de caridad y de instrucción pública, objetos destinados al culto, y los bienes pertenecientes á conventos de monjas; se hicieron grandes concesiones y se acordaron facilidades para todos los que habían de redimir los capitales de manos muertas. El presidente quiso aplicar algunas de las leyes de Indias, para aquellos que alterasen el orden ó predicaran en contra de las determinaciones del gobierno. La cartera de Hacienda no era aceptada por nadie temerosos de la responsabilidad para hacer ejecutiva aquella ley, hasta que el licenciado don Antonio Horta, tuvo el valor de arrostrarla. El clero descargó todas sus iras en

CAPITULO ALFONSO

defensa de sus intereses, publicó escritos amenazadores y desde el púlpito se lanzó la palabra sacramental «excomuni6n,» y los que se declaraban en favor del clero, empezaron á trabajar c6n el mayor sigilo para el cambio de gobierno. El 13 de Enero de 1847, se publicó el famoso decreto, y fué tal el asombro que paralizó la acci6n de los revoltosos; sin embargo, la catedral se cerró aquella tarde, esparciéndose el rumor de que todos los templos cerrarían sus puertas, y se suprimiría el culto, lo que no se efectuó, y aun cuando era general la inquietud no le faltaron al gobierno felicitaciones por su enérgica actitud.

Pero más tarde vinieron los motines; el primero teniendo á su cabeza al cura de San Antonio Tomatlán, que fué sofocado por las tropas del gobierno.

En Puebla y en otras poblaciones, en las cuales imperaba en absoluto el clero, hubo conatos de rebeli6n, y los obispos protestaron contra aquella ley. En Mazatlán hubo un pronunciamiento que proclamaba á Santa Anna, como dictador, y viendo el Congreso que los banqueros se negaban á negociar los bienes del clero, facultaron á Gómez Farias, para emplear todos los medios que pudieran proporcionar cinco millones.

Los americanos habían invadido algunos puntos y amenazaban á Veracruz: de Michoacán y San Luis, remitían á Santa Anna recursos para la guerra. Durango, pidió la revocaci6n de la ley de manos muertas. Zacatecas, y otras poblaciones, la aprobaron. Oaxaca la desaprobó insurreccionándose el capitán Martínez, con los auxiliares de Tehuantepec; triunfantes allí los amotinados dejaron en suspenso aquella ley.

El batall6n «Independencia,» que por orden de Gómez Farias, debía salir con otros cuerpos de tropa para Veracruz, desobedeció al Ejecutivo, declarándose contra el gobierno, contra el Congreso y contra Santa Anna, no reconociéndolo más que como general en jefe del ejército del Norte, é insistiendo en que se entablaran negociaciones de paz con los Estados Unidos. La poblaci6n secundó el movimiento y á la vez que Gómez Farias, recibía noticias de tal magnitud, llegó un parte de Santa Anna, relatando la batalla de «La Angostura,» la cual por más que él trataba de darle visos de victoria, en el fondo se adivinaba la derrota; anunciaba además su retirada,

pues también Santa Anna, había tenido aviso del pronunciamiento contra Gómez Farias, y que los norteamericanos eran dueños de la isla de Lobos. Interin tenían lugar tales sucesos, se sublevaban los batallones, el 26 de Febrero y se rompían los fuegos el 27, permaneciendo algunos de los cuerpos neutrales en la cuesti6n, si bien se unieron después á Gómez Farias, así como los gobernadores de los Estados de México y Puebla, auxiliaban con tropas al vicepresidente, protestando muy alto contra el insensato motín de la capital, calificándolo de antipatriótico, cuando los norteamericanos habían desembarcado en Veracruz.

Santa Anna salió rápidamente para México, y llegó el 21 de Marzo, cuando se habían suspendido las hostilidades, merced al armisticio propuesto por Gómez Farias.

Santa Anna, ocupó la presidencia, y firmado un convenio se dió libertad á los presos políticos; el pueblo depuso las armas, y Gómez Farias, tomó de nuevo su puesto en el Congreso.

El 4 de Octubre de 1855, formó el señor Gómez Farias, la junta de representantes en Cuernavaca, apoyando al señor Alvarez que fué electo presidente de la República. En 1857 fué diputado por Jalisco, en el Congreso que dictó la Constituci6n de aquel año, y tuvo el día feliz de ver en acci6n, las reformas que él había soñado y las que desgraciadamente no tardaron mucho en ser derrocadas por el partido conservador.

De edad ya muy avanzada, falleció el señor Gómez Farias, el 5 de Julio de 1858 en Mixcoac, asistiendo á sus funerales gran número de extranjeros, de diplomáticos, de hombres de todos los partidos, que respetaban y estimaban á Gómez Farias, por su probidad, por la digna constancia que había tenido en los momentos de prueba y en las luchas políticas.

## Don Antonio Lopez de Santa Anna

(SEXTA ÉPOCA)

Desde la Habana, en donde había residido algún tiempo, había seguido paso á paso el exdictador, la marcha política y administrativa de México en los períodos de Herrera y del general Paredes, y el 16 de Agosto de 1846, desembarcó en Veracruz salvando el bloqueo, y sin que los norteamericanos se preocuparan por su desembarco.

Como era natural, se impuso inmediatamente del crítico estado del país, desgarrado por los partidos, invadido por tropas extranjeras, las cajas del tesoro público vacías, los Estados en actitud revolucionaria y dispuestos á luchar con el Poder Ejecutivo.

Era por entonces presidente el general Salas quien le ofreció el sillón presidencial, y no aceptó; fué después á la catedral y en todas partes dejó ocupar el primer puesto al general Salas, y salió para San Luis el 28 de Septiembre tratando de organizar el ejército y marchar á campaña contra las tropas norteamericanas que ya invadían Nueva León.

En San Luis, había más de dieciocho mil soldados, que aunque escasos de indumentaria y de pertrechos, salieron el 2 de Febrero de 1847 en son de guerra, á encontrar á los invasores. En San Luis había hecho acuñar moneda el general Santa Anna, para disponer de los recursos que le eran precisos; rechazó el título de dictador que la guarnición de Mazatlán amotinada, le confirió, y tal actitud realzó su prestigio.

CAPITULO ALFONSO

Las brigadas caminaban difícilmente por el frío excesivo, en un país casi desierto, escasas de raciones, sufriendo la sed y el hambre, y sin sombra para cobijarse por ser escasísimos los árboles en aquellas comarcas. Muchos soldados murieron entre Venado y Charcas, y al llegar el 21 de Enero á la hacienda de la Encarnación, había perdido el ejército cuatro mil soldados, ya muertos, ya extenuados ó desertores.

El general americano Taylor, había tomado posición en la Angostura, que una serie de colinas de montecillos y barrancas, protegía contra un ataque. Las tropas mejicanas habían tomado un cerro el 22, no sin haberlo defendido con insistencia los enemigos, y el 23, empezó el ataque: durante muchas horas se prolongó el combate, no siendo menor la saña de los americanos, que el arrojo de las tropas de Santa Anna, sin que el combate tuviera éxito decisivo. El ejército mejicano, emprendió la retirada con dirección al sitio llamado Agua Nueva, pues que por falta de víveres, le era imposible continuar batiéndose. El enemigo permaneció fuerte en sus posiciones, pero las fuerzas de Santa Anna, tuvieron bajas considerables, entre muertos y heridos, que sucumbieron en el campo de batalla por carecer de medios para el transporte.

El combate de la Angostura, fué una derrota, aun cuando la habilidad de Santa Anna, la hizo aparecer como victoria en los partes oficiales. Una vez más se encontraron en Cerro Gordo, con los americanos, pero el levantamiento de la capital, y la lucha entre los polkos y los puros, hicieron que Santa Anna, se dirigiera precipitadamente á México para tomar posesión de la presidencia.

Bombardeaban los americanos á Veracruz y ya posesionados de aquel puerto, tremolaban las banderas, estrelladas, Santa Anna, fué facultado por el Congreso para adquirir veinte millones de pesos, esperando también, que derogase la célebre ley de manos muertas. Santa Anna salió de México el día 3 de Abril, para tomar el mando del ejército y cerrar el paso, si era posible, á los americanos, dejando encargado de la presidencia á don Pedro María Anaya. En la proclama que precedió á su salida, calificó de deshonrosa la capitulación de Veracruz, y cuando llegó á Perote, siguió para Jalapa; ya el enemigo se había adelantado hasta cerca de Cerro Gordo, y

precisamente este sitio lo escogió Santa Anna, como muy á propósito para hacer frente á los invasores americanos, y que según dictámenes competentes, era posición inexpugnable, pero afirmaban otros, no tenía condiciones por la falta total de agua y no ser punto á propósito para detener el paso de los enemigos.

Hay que contar también que el tiempo escaseaba para fortificar aquel punto que no tenía nada que favoreciese al ejército en lo relativo á víveres, que les faltarían de un momento á otro por completo, lo que no escapó á la observación de los soldados, por lo cual muchos desertaron, á pesar de las enérgicas y severas medidas de Santa Anna.

Las tropas estaban colocadas de manera que hiciesen frente al enemigo, y precipitadamente, se habían situado las piezas de artillería, improvisándose barracas y habitaciones, no comprendiendo el por qué permanecían inactivas las tropas americanas, pero el 18 adelantaron por el camino escabrosísimo barriendo con la artillería el cerro llamado del Telégrafo, donde se había hecho colocar una batería mejicana con cuatro piezas.

El general Twigas, condujo sus fuerzas y destruyó con sus tiradores las tropas mejicanas que defendían el pie del Cerro, y sin vacilar fueron ocupando todas las posiciones hasta la cumbre que en vano, quiso defender el general Baneneli, pero se vió abandonado por los soldados que huían, impulsados por el terror al ver á los norteamericanos dueños del cerro. Desde aquel momento aumentó la confusión; la caballería huyó por el camino nacional; el desastre fué completo, quedando prisioneros cerca de dos mil soldados y cayendo en poder del enemigo, la artillería y pertrechos.

El presidente pudo salvarse por la barranca al comprender que la pérdida era total dirigiéndose á Orizaba, acompañado por sus ayudantes.

No faltó quien le acusara de traición, pero ningún acontecimiento apoyó aquella calumnia. En el parte de la batalla, cargó Santa Anna, la responsabilidad de la derrota sobre el gran

número de enemigos muy superiores en fuerzas á los mejicanos.

En Orizaba se ocupó activamente de organizar otro cuerpo de ejército, insistiendo con el presidente interino Anaya, para que de ninguna manera entrase en transacciones con el enemigo, exigiendo diera las órdenes más severas para que se le remitiese cuanto precisaba para llevar adelante la defensa. Después salió Santa Anna, para Puebla, donde cosechó grandes decepciones. Con su caballería cargó sobre una columna norteamericana, si bien la fué desfavorable la fortuna. En Ayotla, dió un manifiesto á la nación, diciendo era preciso á todo trance resistir en la capital, y de no hacerlo así, presentaba desde luego su renuncia. Esta no podía ser aceptada en aquellas circunstancias singulares, por lo que Santa Anna se hizo cargo del mando supremo el 20 de Mayo. El 21, se juró la Constitución, hechas las reformas que el Congreso había decretado: el 22, dió el presidente otra proclama, haciendo sobresalir en ella que después del funesto combate de Cerro Gordo, había organizado en veinte días, otro numeroso ejército. Aquel desastroso combate dividió las opiniones, unas en favor de la guerra y otras favorables á un tratado de paz. Los periódicos atacaban severamente á Santa Anna, entre otros el «Boletín de la Democracia,» y el pueblo, en perpetua expectativa, esperaba nuevos y trágicos sucesos.

El presidente, refrenó la libertad de imprenta para que los periódicos, no dieran noticias que sirviesen para el enemigo, poniéndole al corriente de los planes de defensa. Es indiscutible que el general Santa Anna, tuvo que sostener ruda lucha ante tan formidables dificultades. Los ministros rehuían continuar en el ministerio; graves inconvenientes se presentaban para reunir el Congreso, viniendo á empeorar la situación el motín de Sinaloa, la falta de dinero y el poco entusiasmo que se observaba en lo general de la Nación contra las tropas invasoras que adelantaban hacia México, informados sus jefes de la desunión que reinaba, y de que la mayoría estaba en favor de la paz.

Santa Ana obligado por las circunstancias dió una ley sobre desertores, los que serían juzgados en veinticuatro horas y condenados á muerte: volvió á llamar á las armas á todo mejicano útil, desde dieciséis á cincuenta años, resuelto á no aceptar la paz sino en un caso extremo.

El ejército americano contaba con once mil hombres, bien disciplinados y provistos de todo lo necesario. El 9 se tiró un cañonazo en México, señal de que el enemigo estaba á sus puertas, y entonces se desplegó una actividad vertiginosa para construir cañones, fabricar bombas, y obtener fusiles para armar á un ejército que podía contar veinte mil hombres. La vista del enemigo, despertó el entusiasmo, el patriotismo, y nadie pensó en pedir la paz, tanto más cuanto que se esperaba al general Alvarez con tropas para hostilizar la retaguardia invasora. El general en jefe era Santa Anna y su segundo el general Herrera. El día 13 de Agosto, se vieron las avanzadas enemigas y por una estrategia militar, volvieron hacia Tlalpam cuando en la capital se creía atacasen por el Peñón, teniendo que guarnecer inmediatamente el lado Norte: el 19 se entabló la batalla, siendo rechazados los invasores, y el general Valencia, envalentonado con su triunfo, desobedeció las órdenes de Santa Anna, y fué derrotado al amanecer del día 20, sucumbiendo en la lucha muchos de los defensores de México, y otros, cayeron prisioneros.

Los norteamericanos avanzaron hasta las trincheras de San Antonio. El desastre sobrecogió á Santa Anna, quien dispuso escuchar las proposiciones que hacían los Estados Unidos, y sobre todo negociar una suspensión de armas.

El general Scott, que estaba en Coyoacán, hizo saber que era inútil el derramamiento de sangre, y al proponer el armisticio, fué aceptado, suspendiendo las hostilidades en un círculo de treinta leguas, por un lapso de tiempo necesario para ratificar negociaciones ó renovar la guerra. En cuanto al Congreso, no hubo suficiente número de diputados al convocarlo. Santa Anna al dar cuenta de los graves sucesos, no pasó en silencio la desobediencia del general Valencia, que tuvo por resultado el desastre del día 20 y la espantosa retirada.

Las condiciones presentadas para la paz eran inadmisibles por la desmembración de territorio, aun cuando se hubiese aceptado la anexión de Tejas á los Estados Unidos, y de ese modo se cancelaba la deuda de México, pero no se podía acceder á la cesión de California y Nuevo México.

Algunos de los ministros opinaban por alcanzar un triun-